

—¿Cómo á acostarse con Pólito?

—Sí; ¿tiene derecho, según la ley, y siendo esposa mía, á acostarse con Pólito?

—No, de ningún modo; no tiene ese derecho.

—En tal caso, si le vuelvo á coger, ¿tengo derecho á molerla á golpes, y á pegarle á él también?

—¡Es... es claro que sí!

—Muy bien; nada más tenía que preguntarle. Y voy á decirle ahora por qué quería saber esto: Un día de la semana pasada, sospechando algo, fuí á casa de noche, y allí los hallé acostados, y no espalda con espalda ciertamente. Envié á Pólito á dormir fuera; mas no pasé de ahí, porque no conocía mis derechos. En esta ocasión no los vi. Me he enterado de lo ocurrido por los demás. Hecho está lo hecho; no volvamos á hablar de la cuestión. Pero si los encuentro otra vez... ¡voto al diablo, si los encuentro! ¡Les quitaré la afición á la cosa, maese Cacheux, tan cierto como me llamo Severino!



UNA NOCHE

EL *Kleber* acababa de echar el ancla, y yo contemplaba maravillado el admirable golfo de Bougie, que se abría delante de nosotros. Los bosques-kábilas cubrían las altas montañas; á lo lejos, amarillentas arenas ofrecían al mar una orilla de polvo dorado, y el sol derramaba torrentes de fuego sobre las blancas casas de la pequeña población.

La cálida brisa, la brisa africana, traía á mi gozoso corazón el fuerte perfume del desierto, el olor del gran continente misterioso donde el hombre del Norte no penetra jamás. Tres meses hacía que vagaba por aquel mundo profundo y desconocido, por las costas de aquella tierra fantástica del avestruz, del camello, de la gacela, del hipopótamo, del

gorila, del elefante y del negro. Había visto al árabe galopar empujado por el viento, como una bandera que flota, vuela y desaparece; habíame acostado bajo la obscura tienda, en la errante morada de esas blancas aves del desierto. Estaba ebrio de luz, de fantasía y de espacio.

Ahora, después de la última excursión, sería necesario marchar, volver á Francia, ver á París, la ciudad de la charla inútil, de los cuidados insignificantes, de los innumerables apretones de manos. Tendría que despedirme de aquellas cosas queridas, tan nuevas, apenas entrevistadas, que tanto iba á echar de menos.

Una verdadera flota de barcas rodeaba al paquebot. Salté á una de ellas, donde remaba un negrito, y muy pronto estuve en el muelle, cerca de la vieja puerta sarracena, cuyas grises ruinas, á la entrada de la ciudad-kábila, parecen un escudo de armas de añeja nobleza.

Parado me encontraba en mitad del puerto, de pie al lado de mi equipaje, mirando en la rada al enorme navío anclado, y, estupefacto de admiración ante aquella costa única, ante aquel circo de montañas bañadas por las azules olas, más hermoso

que el de Nápoles, tan hermoso como los de Ajaccio y Porto, las grandes poblaciones de Córcega, cuando sentí caer sobre mi espalda una pesada mano.

Volviéndome al punto me hallé delante de un hombre de elevada estatura y larga barba, con sombrero de paja y blanco traje de franela, y que, en pie al lado mío, me examinaba con sus ojos azules.

—¿No es usted mi antiguo compañero de colegio?—me dijo.

—¡Es posible! ¿Cómo se llama usted?

—Trémoulin.

—¡Voto al infierno! ¡Mi antiguo discípulo! ¡Venga esa mano!

—Te he reconocido inmediatamente.

Y su larga barba rozó mis mejillas.

Aquel hombre parecía tan contento, tan alegre, tan feliz con mi presencia que, en un impulso de amistoso egoísmo, estreché fuertemente las dos manos de aquel camarada de otro tiempo, sintiéndome á mi vez muy satisfecho del encuentro.

Trémoulin había sido para mí, durante cuatro años, el más íntimo, el mejor de aquellos compañeros de clase que tan pronto olvidamos al salir del

colegio. Era entonces un muchacho de cuerpo largo y delgado que sustentaba una cabeza demasiado grande, una enorme cabeza redonda, pesada, que inclinaba el cuello tan pronto á un lado como á otro, y aplastaba el augusto pecho de aquel alto colegial de largas piernas.

Inteligentísimo, dotado de una maravillosa facilidad, de una rara comprensión, de una especie de intuición instintiva para todos los estudios literarios, Trémoulin era el alumno más aprovechado de nuestra clase. Teníase en el colegio el convencimiento de que andando los años sería un hombre ilustre, un poeta sin duda, porque hacía versos y era un ingenioso sentimental. Su padre, farmacéutico en el barrio del Panteón, no pasaba por rico.

Después del bachillerato le había perdido de vista.

—¿Qué haces aquí?—exclamé.

—Soy colono.

—¿Eh? ¿Plantas?

—Y cosecho.

—¿Qué cosechas?

—Uvas, con las que hago vino.

—¿Y van bien los negocios?

—Van muy bien.

—Lo celebro, amigo mío.

—¿Te dirigías á la fonda?

—Es claro.

—Pues bien; te hospedarás en mi casa.

—Pero...

—No hay más que hablar.

Y dijo al negrito, que espiaba todos nuestros movimientos:

—A mi casa, Alí.

Alí respondió al punto:

—Está bien, señor.

Luego echó á correr con mi maleta al hombro, sacudiendo y levantando polvo con sus negros pies.

Trémoulin me cogió del brazo y me obligó á seguirle. Lo primero que hizo fué dirigirme varias preguntas acerca de mi viaje, sobre mis impresiones; y, viendo mi entusiasmo, aún se mostró más afectuoso.

Su vivienda era una vieja casa morisca con patio interior, sin balcones á la calle y dominada por una terraza más alta que las de todas las viviendas contiguas y desde la cual se divisaban el golfo y los bosques, las montañas y el mar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah! ¡esto es lo que á mí me gusta!—exclamé—. Todo el Oriente penetra en mi corazón, mirando desde esta casa. ¡Oh, qué dichoso eres viviendo aquí! ¡Qué noches debes pasar en esta terraza! ¿Duermes en ella?

—Todo el estío: Subiremos esta noche. ¿Te gusta la pesca?

—¿Qué pesca?

—La pesca con hachones.

—¡Oh, mucho!

—Pues bien; pescaremos después de cenar. Y en seguida regresaremos, para tomar en la terraza unos sorbetes.

En cuanto me hube bañado, hízome visitar la deliciosa ciudad-kábila, una verdadera cascada de casas blancas rodando hacia el mar; regresamos al anoecer, y después de una exquisita comida, bajamos al puerto.

Sólo se veían las luces de las calles y las estrellas, esas grandes estrellas relucientes, chispeantes, del cielo de África.

En un rincón del puerto, una barca esperaba. En cuanto estuvimos en ella, un hombre cuyo rostro no pude distinguir, púsose á remar, en tanto que mi

amigo preparaba el brasero que había de alumbrarnos en breve.

—Has de saber—me dijo—que yo soy quien tira el arpón. No tengo rival en el manejo de ese instrumento.

—Te felicito.

Habíamos costeado una especie de muelle y nos encontrábamos en una pequeña bahía limitada por altas rocas cuyas sombras tenían la apariencia de torres levantadas en el agua, y observé de pronto que el mar estaba fosforescente. Los remos, que sacudían al agua con lentitud, con regularidad, producían en ella, á cada golpetazo, un fulgor movible y sorprendente que huía en seguida á lo lejos detrás de nosotros, extinguiéndose. Yo, inclinándome, miraba aquella capa de pálida claridad desmenuzada por los remos, aquel inexplicable fuego del mar, aquel fuego frío que un movimiento enciende y que muere en cuanto se calma el oleaje.

Los tres, sumergidos en las finieblas, nos deslizábamos sobre aquella claridad.

¿A dónde íbamos? Yo no veía á mis compañeros; sólo veía los luminosos remolinos y las chispas de agua arrancadas por los remos. Hacía calor, mucho

calor. La sombra parecía calentada en un horno, y mi corazón se turbaba en aquel viaje misterioso con aquellos dos hombres en aquella silenciosa embarcación.

Los flacos perros árabes, de pelo rojo, nariz puntiaguda y ojos brillantes, aullaban á lo lejos, como aullan todas las noches en esa tierra desmesurada, desde las orillas del mar hasta el fondo del desierto, donde campan las tribus errantes. Los zorros, los chacales y las hienas respondían; y, no muy lejos debía gruñir, sin duda, algún león solitario en un desfiladero del Atlas.

Súbitamente, el que remaba se detuvo. ¿Dónde estábamos? Un pequeño ruido sonó detrás de mí. Surgió la llama de una cerilla, y vi una mano, sólo una mano, llevando la ligera llama hacia la hornilla de hierro suspendida en la delantera de la embarcación y cargada de leña como una hoguera flotante.

Yo miraba aquello sorprendido, como si el espectáculo hubiera sido perturbador y nuevo, y seguí emocionado la pequeña llama, que llegando al borde del hogar prendió en un puñado de brezos secos que crepitaron de pronto.

Entonces, en la noche adormecida, en la pesada



noche ardiente, brotó una vivísima llama, iluminando, bajo un dosel de tinieblas que pesaba sobre nosotros, la barca y á los dos hombres, un viejo marinero flaco, arrugado y canoso, con un pañuelo anudado en torno de la cabeza, y Trémoulin, cuya rubia barba relucía:

—¡Adelante!—dijo.

El otro remó, y nos pusimos de nuevo en marcha, en medio de un meteoro, bajo la cúpula de sombra movible que se paseaba con nosotros.

Trémoulin echaba continuamente leña en el

brasero, que ardía más y más, brillante y rojo.

Inclinándome otra vez, distinguí el fondo del mar. A pocos pies de la embarcación desarrollábase lentamente, á medida que pasábamos, el extraño país del agua, del agua que vivifica, como el aire del cielo, plantas y animales. Introduciendo el brazo hasta las rocas en viva luz, nos deslizábamos sobre bosques sorprendentes de hierbas rojizas, sonrosadas, verdes y amarillentas. Entre ellas y nosotros, un cristal de admirable transparencia, un cristal líquido, casi invisible, hacíalas fantásticas, llevábalas á un ensueño, al ensueño que despiertan los profundos Océanos. Aquella onda clara tan límpida que no se distinguía, que más bien se adivinaba, ponía entre aquellas vegetaciones y nosotros algo perturbador como la duda de la realidad, haciéndolas misteriosas como los paisajes de los sueños.

A veces, las hierbas llegaban á la superficie con la apariencia de cabellos, movidas apenas por la lenta marcha de la embarcación.

En medio de ellas, plateados pececillos deslizábanse, hufan, desapareciendo apenas vistos. Otros, adormecidos aún, flotaban suspendidos en medio

de aquellas marañas acuáticas, relucientes y diminutos, casi imperceptibles. De vez en cuando, una langosta corría hacia un agujero para ocultarse, ó bien una medusa azulada y transparente, invisible casi, flor de un azul pálido, verdadera flor marina, dejaba arrastrar su cuerpo líquido en nuestro ligero remolino; súbitamente, el fondo desaparecía, descendiendo más, mucho más, en una espesa niebla vídriosa. Y, entonces, distinguíanse vagamente grandes rocas y sombríos restos de buques sumergidos, apenas iluminados por el brasero.

Trémoulin, de pie en la delantera, inclinado el cuerpo, teniendo en las manos el tridente de agudas puntas que se llama arpón, escrutaba las rocas, las hierbas, el mudable fondo del mar, con encendidas pupilas de bestia que caza.

De repente dejó resbalar en el líquido, con un movimiento vivo y suave, la punta de su arma, para lanzarla en seguida como una flecha, con tal prontitud, que alcanzó á la carrera á un enorme pez que huía á nuestro paso.

Yo no había visto más que el movimiento de Trémoulin, pero le oí gruñir de alegría; y cuando levantó su arpón sobre la claridad de la hoguera, distin-

guí un animal que se retorció atravesado por los dientes de hierro. Era un congrio. Después de contemplarle y habérmele enseñado, paseándole por encima de la llama, mi amigo le arrojó al fondo de la embarcación. La serpiente marina, con cinco agujeros en el cuerpo, se deslizó, arrastróse, rozando mis pies, en busca de un agujero para huir; y habiendo encontrado entre los tablones de la embarcación un pequeño charco de agua salobre, penetró en él y se enroscó, ya casi muerta.

Desde entonces, de minuto en minuto, Trémoulin cogía con una destreza sorprendente, con la rapidez del rayo, con una seguridad milagrosa, todos los extraños moradores del agua salada. Veía uno tras otro pasar por encima del fuego, con las convulsiones de la agonía, lobos plateados, sombrías lampreas manchadas de sangre, erizos de mar, extraños animales que escupían tinta y ennegrecían el mar por unos instantes en torno de la embarcación.

A la vez me parecía estar oyendo constantemente chillidos de aves á nuestro alrededor, en la noche obscura, y levantaba la cabeza esforzándome para ver de dónde procedían aquellos agudos silbidos,

próximos ó lejanos, cortos ó prolongados. Eran innumerables, incesantes, como si una nube de alas se hubiera cernido sobre nosotros, atraídas sin duda por la llama. A veces estos rumores engañaban el oído y parecían salir del agua.

Pregunté:

—¿Qué es lo que silba así?

—Hombre, son las ascuas que caen.

En efecto, el brasero sembraba el mar de una lluvia de carbones encendidos. Caían rojos ó ardiendo aún, y se extinguían con un lamento dulce, penetrante, extraño, que tan pronto era un gorjeo como un cortó llamamiento de emigrante que pasa. Gotas de resina caían asimismo zumbando como balas ó como abejorros, y morían bruscamente sumergiéndose; hubiéraselas creído verdaderas voces de seres, un inexplicable y débil rumor de vida errante en la sombra que nos envolvía.

Trémoulin gritó de pronto:

—¡Ah... pícara!

Lanzó su arpón, y, al levantarlo, vi, envolviendo sus dientes y pegado á la madera, una especie de enorme harapo de carne roja que palpitaba y se movía enrollando y desenrollando largos, blandos y

fuertes apéndices cubiertos de chupadores en torno del mango del tridente. Era un pulpo.

Acercó á mí aquella presa, y distinguí los dos enormes ojos del monstruo que me miraban, ojos saltones, turbios y terribles, surgiendo de una especie de bolsa semejante á un tumor. Creyéndose libre, el animal alargó lentamente uno de sus tentáculos, cuyas blancas ventosas vi avanzar hacia mí. Su punta era delgada como un hilo, y en cuanto aquella pierna devoradora se hubo agarrado al banco, levantóse otra, desplegándose para seguirla. Sentíase allí dentro, en aquel cuerpo musculoso y blando, en aquella ventosa viva, rojiza y fofa, una fuerza irresistible.

Trémoulin había sacado su cuchillo, y con un brusco movimiento, introdujose al animal entre los ojos.

Se oyó un suspiro, un rumor de aire que se escapa, y el pulpo cesó de avanzar.

Sin embargo, aún no estaba muerto, porque la vida es tenaz en estos cuerpos nerviosos; pero su vigor estaba destruído, roto su aparato chupador, y ya no podía beberse la sangre, absorber y vaciar el caparazón de las langostas.

Trémoulin arrancaba de la embarcación, como para jugar con aquel agonizante, sus impotentes ventosas; y, presa súbitamente de una espantosa cólera, gritó:

—Espera; voy á calentarte los pies.

De un golpe de arpón, volvió á cogerle, y levantándole de nuevo, le hizo pasar á través de la llama, frotando contra los enrojecidos barrotos de la hornilla, las delgadas puntas de carne de los miembros del pulpo.

Los músculos crepitaron retorciéndose, enrojecidos, acortados por el fuego; y yo sentí dolor hasta la punta de los dedos, ante el sufrimiento del horrible animal.

—¡Oh, no hagas eso!—grité.

Él respondió con calma:

—¡Bah! No es nada esto en comparación de lo que merece.

Luego soltó sobre la barca el pulpo, mutilado, que se arrastró por entre mis piernas hasta el agujero lleno de agua salobre, donde se recogió para expirar en medio de los peces muertos.

Y la pesca continuó aún largo rato, hasta que se acabó la leña.

Quando ya no hubo bastante para alimentar el fuego, Trémoulin arrojó al mar el brasero encendido, y la noche, suspendida sobre nuestras cabezas por la brillante llama, cayó sobre nosotros, sepultándonos de nuevo en sus tinieblas.

El viejo remó otra vez lentamente, con golpes regulares. ¿Dónde estaba el puerto, dónde la tierra, dónde la entrada del golfo y el extenso mar?

Yo no lo sabía. El pulpo moviase aún á mis pies, y dolíanme las uñas, como si á mi vez me las hubiesen quemado. De pronto divisé luces; entrá-bamos nuevamente en el puerto.

—¿Tienes sueño ya?—me preguntó mi amigo.

—No; nada de eso.

—Entonces vamos á charlar un poco á mi terraza.

—Con mucho gusto.

En el momento de llegar á la terraza, la luna, en cuarto creciente, surgió detrás de los montes. La cálida brisa deslizábase á lentos soplos, llena de olores ligeros, casi imperceptibles, como si hubiese barrido á su paso el sabor de los jardines de todos los países quemados por el sol.

En torno de nosotros, las blancas casas de cuadrados tejados descendían hacia el mar, y en ellos

distinguíanse formas humanas tumbadas ó en pie, que dormían ó meditaban bajo las estrellas; familias enteras envueltas en largos vestidos de franela, y descansando en la tranquila noche, del calor del día.

Me pareció de pronto que en mí entraba el alma oriental, el alma poética y legendaria de los sencillos pueblos de floridas ideas. Tenía el corazón lleno de la *Biblia* y de *Las Mil y una Noches*; oía á los profetas anunciar milagros, y veía en las terrazas de los palacios cruzar princesas con pantalones de seda, mientras quemaban en estufillas de plata finas esencias, cuyo humo adoptaba formas de genios.

Dije á Trémoulin:

—¡Qué suerte tuviste al encontrar esta casa!

Me contestó:

—La casualidad me trajo á ella.

—¿La casualidad?

—Sí; la casualidad ó la desdicha.

—¿Has sido desgraciado?

—Muy desgraciado.

Estaba en pie delante de mí, envuelto en su albornoz, y el tono con que hablara hizo correr un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO